



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Feliú y Codina.)



—Soy fabricante de Miel
de la Alcarria superior,
y... abogado defensor
de Matildita Pretel.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—La cotización, por José Estremera.—Los anónimos, por Eduardo Bastillo.—Chaparradas, por Juan Pérez Zuñiga.—Angelitos al cielo, por Sinesio Delgado.—El comienzo de la falta, por Luis de Ansorena.—En el Santo, por Eduardo de Palacio.—Menudencias, por Federico Canalejas.—¿Da nsté su permiso? por Alberto Casañal Shaker.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Feliú y Codina).—Mariquita Guerrero ó ¡lo que va de ayer á hoy! (dos viñetas).—Angelitos al cielo (dos viñetas).—El comienzo de la falta (tres viñetas).—Juegos de naipes, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Hace ocho días que ha abierto sus puertas el Teatro Español, y aún continúa la gente haciendo comentarios, emitiendo dictámenes y formulando opiniones acerca de las reformas realizadas por el nuevo empresario.

Á unos les parece precioso el remozado *coliso*, y á otros les sugiere críticas acerbas; quién dice

que es un teatro lindísimo; quién le pone defectos á millares...

Bien conozco que la opinión es libre y que todos tenemos un indiscutible derecho á emitir juicios; pero no quisiera verme en el lugar de Ramón Guerrero, autor de las reformas y cabeza de turco propiciatoria, ó cabeza visible de la iglesia reformada.

Al hombre le entregaron un edificio vetusto, maloliente, incómodo y feo.

—Á ver cómo se la compone Guerrero para embellecer ese edificio—dijo el público, y esperó que se abriesen las puertas para juzgar la obra del atrevido reformador.

—¡Muy bonito! ¡muy bonito!—exclamaron los optimistas.

—¡Horroroso! ¡horroroso!—gritaron los eternos enemigos de todo lo nuevo.

Y mientras unos hacían elogios de la sala, comparándola con la de la Grande Ópera de París, otros decían que les gustaba más la del Teatro Talía, sito en la calle de las Aguas.

Guerrero se ha visto acosado por gran número de personas aficionadas á dar consejos y á hacer reparos.

—¡Hombre! ¿Por qué no has pintado de verde los pasillos?—le decía uno.

—Yo creo que estarían mejor si fueran azules con fleco—decía otro.

—Te aconsejo que forres los palcos de percalina color de castaña.

—No; de papel secante, que es más duradero.

—Lo que yo hacía era poner unas guirnalda de yedra alrededor de las columnas. Eso *viste* mucho.

—¿Por qué no abres una puerta junto á la música para poder entrar en el escenario?

—Yo, en tu lugar, colocaba unas macetas en el palco de los concejales y dos ó tres estatuas ecuestres y un juego de aguas.

Todos son á dar consejos y recomendarle que aumente la calefacción, que tire tabiques y que reparta un besugo fresco á cada espectador.

—Sí, sí, me hago cargo de todo—dice Guerrero llevando las manos á la cabeza;—pero es necesario que os fijéis en que las paredes están húmedas todavía... Además, estoy esperando unos tubos para aumentar el calórico en la sala y en el pasillo y en el foso y en todas partes, á fin de que, si es de vuestro gusto, podáis salir asados á la parrilla ó rebozados como la merluza.

¡Infeliz de aquel que emprende reformas en este país y aspira á que sean aplaudidas por el respetable público!

El Teatro Español, digan lo que quieran los meticulosos, ha mejorado notabilísimamente. Podrán existir defectos, en su mayoría inevitables, pero hay que tener presente que se trata de una reforma, no de un edificio de nueva planta, y harlo ha hecho

el empresario con ensanchar los pasillos, embellecer los palcos y dar al vetusto *corral* cierto aspecto artístico de que antes carecía.

Vamos á ver: ¿no les ha ocurrido á ustedes nunca reformar un sombrero de copa? ¿Se les ha autojado algunas vez convertir un gabán en americana?

Pues por hábiles que hayan sido el sombrerero y el sastre, ni el sombrero ni la americana habrán resultado prendas perfectas y de última moda.

—¡Valiente sombrero!—habrá dicho algún amigo al *ver el artefacto*.—¿Dónde has comprado ese tabo?

—No lo he comprado.

—¿Lo has cogido?

—No; me lo han reformado.

—Entonces, ¿todo lo comprando ahora?

El Teatro Español es como el sombrero, que entregamos al artífice para que le ponga ala nueva y le dé forma de campana á la copa y le varíe la cinta y el forro; siempre resultará un sombrero reformado, que aspira modestamente á la belleza.

En fin, á mí me volvieron un gabán hace dos años, y resultó con unas lanas que daban horror y con el bolsillo á la derecha.

—¡Qué ridiculez!—decían los amigos—Parece que vas metido en un carnero.

Y yo hundía la barba en el pecho y respiraba sin atreverme á decir que aquél no era un gabán de nueva planta, sino un miserable *revolver*, y que aun espero poderlo usar de tanto el día que se le caigan las lanas definitivamente.

Demasiado bien ha quedado el Teatro Español, y si no, cierran ustedes los ojos, traigan á la memoria el antiguo *corral* de la Pacheca, y verán entonces si ha hecho milagros Ramón Guerrero...

Mientras escribo estas líneas, el agua azota los cristales de mi despacho y el viento ruge como si protestara contra esta sociedad pecadora y estos tiempos de decrecimiento de lo falso, etc.

Juventud: huye de los bailes de máscaras. Padres que tenéis hijos: conducidles por la senda de la virtud, apartándoles de lecturas perniciosas y de cafés con piano.

Á ver si por este medio la Providencia se apiada de nosotros y cesa la lluvia.

Luis Estrella.

La cotización.

Á LOS 10

¡Casarme como Elisa!—¡No por dios!
Su marido, aunque guapo, es ya machacho...
¡Treinta y seis!... Eso es mucho,
y, aunque es rico, se llama don Mamerto!
Yo quiero un guapo mozo que me quiera,
pobre, que si su amor es verdadero,
sólo por él guiado hará carrera
y á mi lado tendrá gloria y dinero.

Á LOS 20

¡Qué demonio de chico!
Si que me quiere mucho, pmas no es novel
Para ser elegante ya es precisa
la casita de campo en el verano,
tener el palco y coche cotidiano
y mil comodidades... como Elisa.

Á LOS 30

Está bastante viejo el general,
y además de cuarteles
si me caso con él,
ni ha de sobrar de la mesada un real,
ni haré muy buen papel;
pero pasan los días
y no se puede andar con gollerías:
la posición que tiene no es muy mala,
y al menos me dirán *si general*.

Á LOS 35

Si que me caso, es cierto;
y también es verdad que mi futuro
no tiene posición y es muy maduro
y es jorobado y desabrido y tuerto,
y que además se llama don Mamerto.
¿Qué cosa es la que en él me ha seducido?
Que soy vieja y se presta á ser marido.

José Estremera

Mariguítá Guerrero

¡LO QUE VA DE AYER A HOY!



—¡Por Dios, señores! cese esa guerra cruel de todos los días, fijense en mi trabajo, conozcan mis propósitos, ayúdenme á hacer algo por el arte... ¡Que si quieres, morena!



—Dios te salve, María, llena eres de talento y de gracia, siempre has sido nuestro ídolo, nuestra esperanza y el ideal que soñábamos. ¡No te olvidaremos en nuestras cortas oraciones!

Los anónimos.

(A UN IMBÉCIL)

¡Y tú estarás tan contento de haber escrito la carta en que la firma no pones y en que la letra disfrazas?

Letra de mujer me finges, si los rasgos no me engañan, achacando al sexo débil cobardías de tu alma.

Ó, tal vez más insensato, manchaste la mano blanca de un ángel, que fué escribiendo lo que tu rencor dictaba.

¿Por qué el arma del cobarde manejas en una hazaña que sería de valiente emprendida cara á cara?

Quizás con mi humilde juicio, como á otros machos que callan, te he herido en letras de molde con mi firma en mis palabras.

Si para el público escribes— cosa que es aquí tan llana— y tienes algo de ingenio, y autoridad no te falta;

con buscarme á mí los flacos, que los tengo, por desgracia (aunque no alcanzar á verlos no será en ti cosa extraña),

con dos párrafos de prosa, si la escribes castellana, dando firme y con tu firma, ya tenías la venganza.

Pero no: quien tan ruinmente, tan sin razón y sin gracia, se viene con papelitos que sólo desprecio causan, ni es escritor, ni es ingenio, pues muestra bien á las claras, con lo pobre por miseria, lo pobre por ignorancia.

No; no has de ser un perverso de esos que entre sombras andan buscando el flaco á la víctima y afinando bien el arma.

Esos, como tú cobardes, hieren también por la espalda; pero, seguros del golpe, con el golpe traidor, matan.

Tú eres anónimo imbécil, inofensivo en tu saña, y así, al disparar, te sale el tiro por la culata.

Aquí estoy, torpe enemigo, y aquí, con serena calma, aguardo ataques de necios para retirme á mis anchas.

Eduardo Bustillo.

CHAPARRADAS

I

En tiempo normal yo veo que por la sal que derraman son las *tiples* las que llaman la atención del sexo feo; y—miren qué observación— en que empezando á llover, los *bajos* pasan á ser los que llaman la atención.

II

—¿Se va usted mojando, Arturo, habiendo en cualquier plazuela paraguas á medio duro?

—¡Qué ha de haber!

—Se lo aseguro.

—Pero bueno, ¿tienen tela?

III

Leyendo los papelotes he conseguido enterarme de que hoy en España todo tiene tintes militares, pues veo que los que suben en globo son capitanes, y los sordos son tenientes y las lluvias generales.

IV

—¡Qué tiempo! (exclamaba ayer mi amigo don Luis Borrajo). ¡Y cómo me carga ver el barómetro tan bajo!

Y el criado, que lo oyó, se fué al despacho derecho, y el barómetro clavó casi á la altura del techo.

V

No solamente en los mares la lluvia sepulta á pares barquichuelos infelices. Aquí también las narices se le hinchan al Manzanares. ¡Qué corriente! La arboleda se lleva y los pañecillos. Permita Dios que no pueda llevarse unos calzoncillos que dicen: *J. P. Z.*

VI

Con el llover continuado, uno sin querer se encuentra con que está mal educado; porque en todas partes entra con el sombrero calado.

VII

Dos viejos saludándose:

—¿Qué tal, don Bernabé?
—Yo chorrendo. ¡Cáspita, qué modo de llover!
¿Y usted, señor don Cándido?
—Calado hasta la nuez.
—¿Y en casa?

—Todos húmedos para servir á usted.

Juan Pérez Jiménez.



ANGELITOS AL CIELO

I

Mezcla de risas, voces, gorgoritos,
crujir de tablas y chocar de trastos,
subía por pasillos y escaleras
el confuso rumor del escenario.
Se perdía en un cuarto triste y pobre
en el segundo piso del teatro,
con su mesita tocador mugrienta
llena de ungüentos, botes y cintajos
y sus perchas clavadas en los muros
atestadas de trapos,
arrullando á una pobre criatura
que lentamente agonizaba, en brazos
de una de esas mujeres que comercian
en flores... y en cartitas de abonados.
Se moría el chiquillo. Se moría
sin caricias, sin besos, sin amparo,
mirando tristemente
la opaca bomba que alumbraba el cuarto,
y entre tanto su madre ¡desdichada!
cantaba entre las filas allá abajo,
con el cuerpo abrasado por la fiebre
y encendidos los ojos por el llanto
que abría sarcos rojos
en la careta de menjurje blanco.

II

La música cesó; y el coro en masa
trepó más que subió por los peldaños
entre el alegre estrépito
de panderas, de sables y de cascots.
Y allí fueron guerreras y aldeanas
ahogando los sollozos en los labios
á aquel chiribitil, donde la muerte
tomaba sus trincheras palmo á palmo
y ahogaba al pobre niño
cifando sin piedad los secos brazos.
De pronto entraron, cual brillante tromba
de lentejuelas, percalina y raso,
con uniformes de colores vivos,
faldas rayadas, delantales blancos,
zapatos de charol, medias de seda,
collares de metal, cintas y lasos...

guapas, coquetas, jóvenes, graciosas,
¡la sala principal del espectáculo!
Rodearon al ángel moribundo
cabizbajas y tristes, y callaron
como formando un marco de diamantes
para el lúgubre cuadro.

III

En el rostro del niño
la agonía cruel iba dejando
los pómulos salientes, las mejillas
lacias y sin color, secos los labios,
y aumentaba el horror dentro del pecho,
y helaba el frío los caídos párpados
y con fúnebre son silbaba el aire
al pasar por los bronquios inflamados.
¡No! ¡No había remedio! No quería
salvarle el Dios clemente por milagro,
y el alma rompería en plazo breve
su mísera envoltura de guñapos.
¡Bien lo podían ver aquellas pobres
muchachas disfrazadas de soldados
que apiñadas en torno de la vieja
contemplaban la muerte con espanto
y hacían por rezar, reconstruyendo
la oración olvidada tantos años,
silenciosas, sombrías,
de sorda pena y de dolor temblando!

IV

Los timbres atronaron los pasillos
llamando á escena al coro, y en el acto
el grupo abigarrado de mujeres
corrió en tropel por la escalera abajo.
Y el niño quedó solo. Solo... y muerto
como una flor tronchada por el tallo,
mientras la orquesta acompañaba un brindis
brillante, cancanesco, alegre, báquico,
y el coro de guerreros y aldeanas
gritaba con las copas en las manos:

¡Refd, gozad!
¡brindad! ¡bebed!...
¡Viva el amor!
¡Viva el placer!...

Sincoro Dergado.





EL COMIENZO

DE LA FALTA

Fernando entra súbitamente en la alcoba de su mujer. Está muy pálido; en su mirada, en sus ademanes, en todo él se refleja una agitación extraordinaria, un visible desconcierto de su espíritu. Al principio no dirige a Rosa una palabra. La mira fijamente, amenazador, terrible. Después aprieta con fuerza los puños y se aleja del lecho unos pasos como si quisiera vencer la tentación de arrojarla sobre ella y golpearla. Vuelve á poco, y apoyando los codos en la parte baja de la cama, sonríe sarcásticamente, clavando de nuevo sus ojos en el rostro de su mujer. Esta siente una vivísima angustia ante la extraña actitud de su marido. No puede contener un estremecimiento de pavor, y apretando nerviosamente los brazos contra su pecho, contra su cuerpo bajo las sábanas, hundiendo la cabeza en la almohada. Así permanecen los esposos un buen rato. Fernando es el que primero habla.

Fernando.—Cualquiera diría que tienes miedo de mí, Rosa.
Rosa (con esfuerzo).—Miedo no... Pero entraste de un modo...
Fernando.—Del modo como debe entrar un hombre que viene de donde yo vengo. Que ha hecho lo que acabo de hacer.
Rosa.—¿Y qué es lo que has hecho?
Fernando (dejando caer sus palabras sobre Rosa con cruel lentitud, como si cada letra fuera un golpe cuyo efecto quisiera saborear á gusto).—He matado á un hombre.
Rosa (con voz ronca y apretando fuertemente los párpados cual si las palabras de su marido la pusieran frente á frente á una horrible visión que quisiera rechazar).—¿Qué dices?... ¡Tú!
Fernando.—Sí... Yo... Como te lo digo. Acabo de matar á un hombre. No creas que á traición. En lucha leal y noble... Ante testigos. Exponiendo mi vida para arrancarle la suya. ¿Quieres saber su nombre?...



Rosa.—Sí... No... ¡no quiero!... (arrebujándose entre las sábanas con terror infinito.)
Fernando.—No importa que no quieras. Vas á saberlo. Se llama... se llamaba Mauricio Ojeda. Ya sabes... Tu amante.
Rosa (arrojando con movimiento brusco las ropas é irguiendo el busto palpitante de dolor y cólera á la vez).—¡Mientes!... ¡mientes!
Fernando.—¿Vas á negar ahora? Recuerda que tú misma me lo confesaste no hace mucho.
Rosa.—Sigues mintiendo. Que fuera mi amante jamás lo dije. ¡Jawás lo ha sido.
Fernando.—Es igual. Me dijiste que le querías... Bastaba esto. De no matarle yo, lo hubiera sido.
Rosa (retorciendo sus manos; está sentada en el lecho y mira á su marido con expresión de profundo odio).—¿Que le quería, sí... y te lo repito ahora! ¡Le quería con toda el alma!
Fernando.—¡Rosa!... (oprimiendo la barandilla de la cama y avanzando la cabeza hacia su mujer, que no retira la suya como si todo el miedo hubiera pasado).
Rosa.—Ya no me asustas... Ya no me importa lo que hagas conmigo... Puedes matarme, si lo deseas... pero mientras me quede un punto de aliento he de emplearle en decirte la verdad, aunque te mortifique, aunque no quieras oírla. ¿Qué puede significar tu furor para quien lo ha perdido todo? (con desaliento y amargura sin límites). Hazte cuenta que hablas con un muerto... ¿Qué le importa á un muerto de nada?... (con algo de desvarío). ¿No lo comprendes, Fernando?... Oye esto y juzga (pasándose una mano por la frente y echando atrás sus cabellos con un movimiento convulsivo de cabeza). Cuando me casé contigo te quería. ¡Por la memoria de mi madre, te juro que te quería como una loca!... ¡Pero yo no puedo amar lo que otras mujeres aman!... ¡La gallardía del hombre... su rostro... su donaire, su cuerpo, en una palabra!... Para mí todo esto significa poco... Mi amor va más á lo hondo... Busca otra cosa, y si no se la dan, si no encuentra lo que busca, se marcha, se pierde, se evapora, Fernando... ¿cómo te explicaré esto para que lo comprendas?... Para él la carne es un estorbo. Algo que le impide llegar donde quiere... Es decir, precisamente lo contrario de lo que para ti es... (con sonrisa siniestra). Por eso no nos entendimos... No podíamos entendernos. Por eso el amor que te tenía se convirtió en desdén, en desprecio... ¡en asco!... No me culpes... No tienes derecho... Tú fuiste la causa de este cambio... ¡Sólo tú!
Fernando.—Estás loca... Se comprende... La noticia de la muerte de Mauricio te ha herido profundamente... pero cuidado con ¡lo! que dices!... ¡Toda paciencia humana tiene un límite, Rosa!

Rosa (con indiferencia).—Cuando te canses de firme, me matas... y asunto concluido... Bueno... Decía que tú eras el culpable de todo y voy a probártelo. La afición que despertaría la hermosura de un cuerpo para pronto... Tiene una base de arena movible que al menor soplo hace que el edificio zozobre y caiga en mil pedazos; y como al casarte conmigo sólo esa afición sentías, en cuanto gozaste mi belleza vino hastío... y te apartaste de mí, buscando otras mujeres que te dieran lo mismo que de mí solicitaste, pero que fueran otras... No es que mi alma te cansara, porque mal podía ahitarte lo que no conocías... ni apreciabas por tanto: es que sabías de memoria mis ojos, y mis labios, y mis brazos... y querías un renuevo en tus sensaciones, que yo no podía darte... y mientras corrías a satisfacer ese anhelo torpe, yo quedé llorosa, triste, casi aterrada, diciéndome: «¡Dios mío!... ¡por qué se aleja?... ¡Si dentro de mí hay un mundo de placeres que aún ignora!... ¡Si no me ha dado tiempo para que se le muestre!...» De puro cándida estaba yo á dos dedos de la tontería cuando pensaba esto, ¿verdad?... Los hechos y la experiencia continua hicieronme ver claro, y el ídolo que adoraba cayó en tierra para no levantarse más... Hubo en mí una rebelión súbita de todos mis sentimientos... En esa rebelión murió el cariño que te tenía. Sé lo que vas á decirme (contestando á un ademán de su marido). Que tu alejamiento no fué continuo... Cierzo; ni aun en la perdía tuviste constancia. Esclavo eterno del hastío, cuando tus fáciles amores te cansaban, volvías á mí... á buscar lo que antes... mis ojos, mis labios, mis brazos, que con la ausencia te sabían á cosa nueva. De este modo creíste resolver el problema de vivir á gusto, consiguiendo ese renuevo de tus sensaciones de que te he hablado... ¡Pero te figuras tú, imbécil... (con valiente arranque y avanzando aún más el rostro hacia su marido) que una mujer de mi condición aguanta eso con paciencia? A las que sólo á su belleza física atienden, puede en caso tal quedarles el orgulloso consuelo de que, á pesar de las infidelidades de su marido, aquélla tiene para él siempre un atractivo que resiste á las seducciones de otras; pero á mí estos cambios tuyos, este entusiasmo puramente físico, tan pronto aparecido como muerto, me disgustaba aún más de lo que tu alejamiento continuo me hubiera disgustado... Me comparabas á las demás mujeres de tu trato... No era tu esposa... sino otra querida... ¡y créelo, Fernando, una mujer prefiere ser querida de cualquiera á serlo de su marido!

Fernando (irónicamente).—Y por eso...

Rosa.—Te he dicho que mientras... Yo no lo he sido de nadie... A Mauricio le quise... le quiero... le querré siempre... En un instante, no de celos, sino de rabia, por haber sabido la última de tus traiciones, te arrojé á la cara esta confesión... Te indignó, por lo visto... Los hombres sois así... Pisoteáis lo más sagrado, lo más noble... la dignidad de la mujer, y cuando ésta, en justas represalias, os hace ver lo poco que para ella valéis, sentís la herida en el orgullo, y en nombre de una honra inverosímil, dada vuestra conducta, cometéis los desaciertos mayores, los más atroces crímenes que legalizáis con cuatro fórmulas estúpidas... Pero ¿conseguís algo?... ¿Qué crees tú que has conseguido matando á ese infeliz?... ¿Quieres saberlo?... ¿quieres que te lo diga?...

Fernando (con profunda rabia).—Sí...

Rosa.—Pues óyelo... Antes procuraba apartar de mí la imagen de ese hombre y arrinconar el sentimiento que me inspira-



ba en lo más hondo de mi ser. Antes, cuando Mauricio vivía, luchaba yo con esta pasión... y quién sabe si hubiera acabado por secharla de mí... Pero ahora... ahora que ha muerto... (inclinando lentamente su cuerpo hasta quedar apoyada en el codo). ¡Ya no tengo resaca alguna en dejar que mi amor crezca á su placer!... ¡Ahora haré de ese desdichado mi constante recuerdo!... ¡Sábelo de hoy para siempre... (tendiéndose del todo en el lecho). ¡Ahora puedes pensar en mi traición como en una verdad! Porque mi pensamiento te la hace... Porque ahora... mi adulterio empieza. ¡Ya soy suya!

L. de Ansoarena.

En el Santo.

¡Que estaban buenas las calles de Hortaleza y Fuencarral! En particular aquélla... y ésta sin particular. ¡Cuántos caballos de silla ¡cuántos borricos de más! Malas de tahona en huelga y machos al natural, con las colleras de lujo que sólo suelen llevar en esos días de gala ó de fiesta nacional; yeguas y jacas con moños, cintas y ramos de azahar; señoritos y chalanes, algún que otro *curdimow*; unos, al trote modesto, otros, hartos de trotar, arrancándose al galope sin miedo á la autoridad, que está allí diseminada procurando no estorbar. Señoritas y galanes que se estrejan sin piedad por ver pasar á Garrido de capitán general, y á otros jinetes de los de mayor notoriedad. Sobre mesas, con enaguas, que no llegan á tapar

las patas ó pantorrillas de color de cordobán, puevas amontonadas de pañecillos y tal, del género colorista, pero qué, sin dibujar. Son auténticos, los míos— me lo ha dicho un industrial de esos que todos los años los expone, sin faltar— que vieron Felipe IV y el príncipe de la Paz. ¡Qué animación, qué bullicio! ¡qué manera de... apretar! ¡Qué calle de la Montera, Hortaleza y Fuencarral, durante las horas de nata! ¡Pero qué barbaridad! Y la costumbre es piadosa, no se le puede negar; van infantes y caballos, á que San Antonio Abad bendiga á todos el pienso que en el año han de pensar. Y en éste se ha visto á toda la crema y hasta la *claque*: literatos con albarda, políticos con ruznal como en los mejores tiempos de mayor bestialidad.

Eduardo de Palaco.

MENUDENCIAS

¡Que no te engaña la mujer! ¡Mercedes una albarda, Ramón! ¡Qué! ¡Qué te extraña! ¡Pues te engaña dos veces! Una siéndote infiel, pero con creces, y otra haciéndote ver que no te engaña.

Aquella noche que te vi con Pío exclamé para mí: ¡Gracias, Dios mío!

Federico Canalejas.

¿Da usted su permiso?

Alrededor del hogar, donde arde abundante leña, varios baturros, sentados en los bancos de madera (adornos indispensables de las cocinas de aldea), haciéndole burla al frío descansan de sus faenas. Y mientras para la bota del banco de la derecha á las manos de los otros que están en el de la izquierda, esperando calentarse por dentro, igual que por fuera, se habla de si los olivos se hielan ó no se hielan; de si el vino anda ó no escaso y de que si las cosechas se pierden porque la lluvia no quiere favorecerlas. En esto, un baturro mozo que entre los demás se encuentra, acercándose á uno de ellos á quien los otros respetan,

no por ser el más anciano, sino porque es el que lleva fama de ser el más bruto de todos los de su tierra, le dice, con mucho miedo: —Tío Casildo, si supiera que no había de *enfadarse* porque yo me tomase esa confianza, le podría *ir* una cuan.

—Venga.

—No m'atrevo. Usted es mi bruto y me temo que se ofenda. —Díga, que yo te prometo que, aunque sea lo que sea lo que te atravasa á *írrime*, tendré mientras me la cuentas quietas las manos.

—¡Y *alargo!*

—Alargo también, no temas. —Bueno, pues lo que tenía que *ir* es, ya que se empeña, que se ha *arrimado* mucho al fuego y la capa se le quemó.

Alberto Casanál Shaker.

JUEGOS DE NAIPES



EL GOLFO

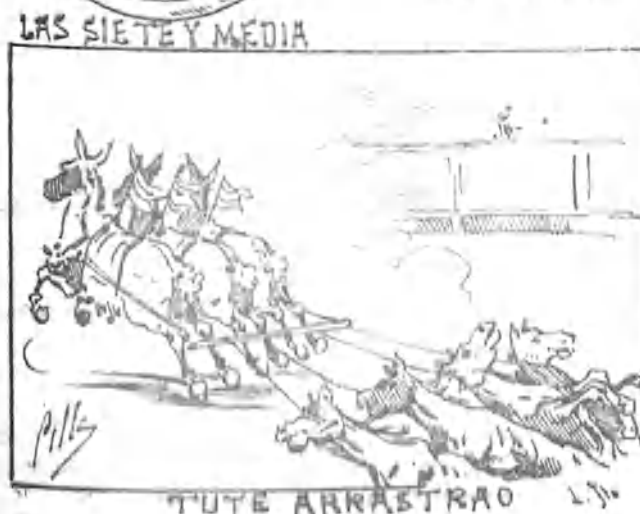


LA MALILLA



EL JULEPE

EL SOLO



TUTE ARRASTRO

CHISMES Y CUENTOS

Los que tenemos el feo vicio de leer cuanto nos cae en las manos andamos estos días cabizbajos y cariacontecidos porque no tropiezan nuestros ojos con otra cosa que con cuentas y números, ora en defensa de la subida de aranceles, ora en contra de las pretensiones de los diputados trigueros.

La materia peca de árida, como se comprende, pero no deja de ser curioso ver á unos cuantos caballeros empeñados en la dura tarea de convencer á los demás de que deben comer el pan más caro.

Porque parece que los perjudicados (que son más que los favorecidos, y si no, no hay más que echar la cuenta) debían decir á los otros:

—Amigos, hagan ustedes el pan más barato y mejor que lo que podemos comprar en otra parte, y si no pueden ustedes... no hagan ustedes pan.

Por otra parte, las desdichadas empresas de ferrocarriles no olvidan su constante reclamo para que el Estado las socorra, sacrificando á todos los ciudadanos si es preciso.

Ayer eran comarcas fabriles que se alarmaban con la noticia del alza en las tarifas, hoy son quejas de los accionistas españoles que no creen sacar al capital suficiente rédito...

Y á todo esto, ¿á quién se piden los socorros?

A los agricultores, que ya hemos visto que por su parte exigen rebaja en los impuestos, y elevación de derechos de aduanas y montes y morenas.

A los fabricantes é industriales, que están poniendo á todas horas el grito en el cielo.

Y á los comerciantes, que juran que no pueden vivir con los aranceles vigentes.

La gracia es que todo el mundo amenaza con lo mismo: con dejar sin trabajo á millares de obreros... porque ahora están haciendo de coco.

Pero, señor, todo tiene sus quiebras. ¿Les ha salido á ustedes mal el negocio? ¿Pues dejen ustedes á los obreros que lo exploten por su cuenta, y verán ustedes cómo se contentan con los resultados, y aumenta la producción y se abaratan los géneros y se mejoran los artículos y no hay que proteger á nadie!

Porque la gracia está en que las leyes que favorecen á los trigueros perjudican á los vinicultores, las que benefician á éstos fastidian á los industriales, y así sucesivamente.

Y no es posible que todos salgan ganando sin iniciativa, ni progreso, ni mejora, ni trabajo, que es á lo que se tira.

Por de pronto, no hay que echar la culpa á los obreros, que son los que, de todas maneras, han de pagar los vidrios rotos, y á los cuales, con el pretexto de que sólo así puede dárselos jornal, se les cobra todo á doble precio y vienen á quedar como estaban.

Digo, me parece.

Dice Antonio, y es lo cierto,
que no se mata Facundo
porque no tiene en el mundo
sobre qué caerse muerto.

MANUEL ÁLVAREZ.

La sopa boba ó la marcha progresiva del cangrejo.

Así podía titularse un sainete *lúgubre* de circunstancias, si no fuera porque el cangrejo, aunque poco, avanza algo, y la idea de la obra es demostrar que vamos hacia atrás á pasos de gigante.

Tres mil y tantas personas han acudido un día de éstos al Comedor de la Caridad en busca de potaje... y menos mal si lo hubo para todas.

Lo cual *hace juego* con el telégrafo interceptado, los correos interrumpidos y... las proposiciones del respetable senador Sr. Cuesta.

¿Aunque si le apuran un poco, puede que diga que por no estar un poco más caro y más escaso el trigo es por lo que va á haber que poner un lego en cada esquina con su caldero correspondiente.

¿Que no quieres que haga guiños
cuando miro á tu balcón?
¡No me cites á las horas
en que pueda darme el soll!

Libros:

Curación de la difteria, fundamentos de la seroterapia y guía práctico para su aplicación, por D. Francisco Murillo. La importancia y utilidad de este libro en las actuales circunstancias, cuando el mundo entero sigue con creciente interés las fases del salvador invento, no necesitan encarecimiento ni recomendación. Precio: 2 pesetas.

Importancia de la belleza en la civilización, interesante estudio del profesor del Centro politécnico de San Isidoro de Palencia, D. Rogelio Francés Gutiérrez, á quien agradecemos la atención.

Todo malo, titula el Sr. D. Jaime L. Solá y Mestre á una colección de lindos artículos y notables poesías que acaba de dar á la estampa. Precio: 2 pesetas.

Mimosa se titula la primera novela de nuestro amigo y colaborador don Alejandro Larrubiera, que, á juzgar por la muestra, hará notables obras de este género. *Mimosa* es un estudio de mujer realizado felizmente y con gran conocimiento del corazón humano. Los caracteres todos de la novela, definidos con sobriedad y precisión, están sostenidos con naturalidad y la acción desenvuelta lógicamente y sin esfuerzo. El interés no decae un punto, la fisonomía de la protagonista se destaca con brillantez y los incidentes tomados de la realidad dan la necesaria animación al conjunto sin violencia de ninguna clase. La catástrofe que rompe el nudo dramático es inevitable y lógica. Merece, pues, el joven escritor sinceros elogios.

El pan del pobre, drama en cuatro actos y en prosa, de los Sres. González Llana y Franco Rodríguez, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro de Novedades, y que ha tenido el privilegio de excitar en alto grado la atención del público.

Almanaque de La Campana de Gracia para 1895. Texto de los mejores autores catalanes é infinidad de dibujos de los más distinguidos artistas.

El anarquismo, estudio acerca de la cuestión social, por Serpa Pimentel, versión castellana del notable publicista D. Rafael Alvarez Sereix. La importancia de este folleto, sobre todo en las actuales circunstancias, es innegable; los nombres del autor y del traductor son garantía suficiente de claro juicio y de atinadas observaciones. No vacilamos en recomendarlo á cuantos paran mientes en tan arduo problema.

El gusano de luz, novela andaluza del poeta Salvador Rueda, que ha hecho en ella alarde vigoroso de sus facullades de novador y estilista. Forma el tomo XVII de la *Colección diamante*, que en elegantes tomos publica la casa editorial de López Bernagossi, de Barcelona. Precio, 50 céntimos.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cocodrilo.—Bastante mediana, desgraciadamente.

Sr. D. N. R.—Lo que hace gracia una vez, por extravagante, ¡ay! no suele hacerla la segunda... Y la tercera menos, como es consiguiente.

Cristófano Butarelli.—No puedo aprovechar ninguno.

Don Gasferos.—Va en gustos... y no me atrevo á aconsejar á usted nada, porque si no le apelen los cuentos que cita, y que á mí me parecen cosa buena...

Sr. D. M. E.—No podemos vender los *clichés*, porque á lo mejor hay que reimprimir los números y... por otras diversas razones.

Un jabonero.—Digo lo de siempre: los piropos que no tienen transcendencia chica ni grande, y se concretan á ser piropos, deben escribirse únicamente en álbums y abanicos.

Sr. D. M. A.—No está bien, pero aunque lo estuviera... ¡á buena hora mangas verdes!

Uno que casi es poeta.—Tiene usted razón. Con un poquito más de cuidado hará cosas bonitas.

Boja roja.—¡Jesús! Demasiado triste.

Sr. D. M. I. C.—El cuento tiene poca gracia, y el romance resulta un poquito pedestre.

Sr. D. A. B.—¡Señores, qué frío tan grande se siente en este Madrid. Yo no lo puedo aguantar, yo no lo puedo resistir, y

Elo es verdad, pero... no es verso, como comprenderá usted en cuanto cuente las sílabas.

Sr. D. P. S.—El asunto pequeño, la composición larga, ¡claro! se hace pesada inmediatamente.

Sr. D. F. G. P.—Resulta demasiado candoroso.

Carmecus.—Está bien, me gusta. ¿Quiere usted enviarme de nuevo firmada?

Un ripioso.—Fíjese usted y verá cómo es propia de álbum exclusivamente.

P. Fino.—Bueno, pues ya no dudó de la formalidad de usted. De lo que dudó es de que cuente las sílabas.

Fabucana.—¿En un abanico? Pues ello mismo le está diciendo.

Homero II.—Gracias por el floreo. Los epigramas están bien versificados, pero son inocentes en absoluto.

Artagnan.—Flojitas le han salido á usted esta vez las *memorias*, señor mosquetero.

Sr. D. F. R. L.—Tienen el pecado de la vulgaridad, que, aunque venial, no es dispensable.

X. H.—Defecto de que adolecen también esas *honoradas*.

Conde de Vandalia.—Lo de la *línea* estaría mejor dicho en cinco líneas.

Sr. D. J. B. de A.—Con los *Índices* no adelantaría usted nada, porque, excepto el último, en todos los demás no están especificadas las composiciones. Pero le advierto que en el libro *Teo en bruma*, segunda edición, ha recopilado Vital todas sus poesías. Ese libro puede adquirirse en cualquier librería de ésa.

Sr. D. A. S. L.—Siento tener que decir á usted que no podemos admitir ni examinar artículos. Porque ¡ay! lo he dicho tantas veces...

Corrosión.—Ya, ya se ve que va usted para crítico. ¿Le gustan á usted mucho *Almendras amargas*? Gracias, ¡y encuentra usted detestable lo de la tórtola, que se publicó en *El Libertad* (*Redió*)! Pues aquello lo tamarom... ¿de dónde dirá usted? ¡De *Almendras amargas*! Conque... tiene usted ese par de moscas por sus rabos respectivos. Y además, ¿qué tiene que ver eso, ni las *mediocres* obras, con la imparcialidad? Nada absolutamente.

Robinson.—¡Qué malo es el romance! O, por lo menos, ¡qué malito me parece á mí, y usted dispense!

Sr. D. A. S.—Haya usted de los sonetos *A ella*. No interesan á nadie.

Sr. D. J. C. M.—Está hecha con ingenio, pero si se inserta con explicación no tiene gracia, y sin explicación la va á entender poquísima gente. Porque hay que advertir que casi todos los nacidos andamos mal de matemáticas.

El día 13 del corriente murió D. Francisco López Rodríguez, padre del redactor de este periódico D. José López Silva. Su desgracia es nuestra. Sinceramente y de todo corazón nos asociamos á la profunda pena de nuestro querido amigo y compañero.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe. Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 334.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES